

Capítulo primero

El psicoanálisis y el sentimiento de culpabilidad¹ (1958)

En esta conferencia no iré más allá de la afirmación que hizo Burke, hace doscientos años, en el sentido de que la culpabilidad reside en la intención. Sin embargo, he de hacer notar que las ideas intuitivas de los hombres ilustres, e incluso las elucubraciones de poetas y filósofos, carecen de aplicabilidad clínica. El psicoanálisis ha puesto ya al alcance de la sociología y de la terapia individual muchos elementos que hasta la fecha quedaban enterrados en afirmaciones como la de Burke.

El psicoanalista aborda el tema de la culpabilidad como cabe esperar de quien está acostumbrado a pensar en términos de crecimiento, de evolución del individuo humano, del individuo en cuanto persona y en relación con el medio que lo rodea. Para el analista, el estudio del sentimiento de culpabilidad entraña igualmente el estudio del desarrollo emocional del individuo. Por lo general, el sentimiento de culpabilidad se considera el resultado de las enseñanzas religiosas o morales. En el presente trabajo trataré de estudiar este sentimiento no como algo que debe inculcarse en el individuo, sino como algo que forma parte, que es un aspecto más de su desarrollo. Las influencias culturales son sin duda importantes, de una importancia vital, pero lo cierto es que es-

1. Conferencia perteneciente a un ciclo de disertaciones pronunciadas como parte de los actos organizados para conmemorar el centenario del nacimiento de Freud. Fue dada en Friend's House, en abril de 1956, y publicada por primera vez en *Psycho-Analysis and Contemporary Thought*, ed. J. D. Sutherland, Londres, Hogarth, 1958.

tas influencias pueden considerarse como un conjunto integrado por numerosas pautas personales o individuales. Dicho de otro modo, la clave de la psicología social y colectiva (o de grupo) la constituye la psicología del individuo. Los que opinan que la moralidad es una disciplina que debe inculcarse educan a los niños de acuerdo con este principio, con lo cual se privan a sí mismos de la satisfacción que produce ver como el sentido de la moralidad se desarrolla en los niños de un modo natural, dentro de un marco positivo que les es dado de forma personal e individual.

No creo necesario examinar los distintos tipos de temperamento humano. A decir verdad, no tenemos pruebas concluyentes de que existan individuos cuya naturaleza impida el desarrollo de un sentido propio de la moralidad (dejando aparte, claro está, los casos de deficiencias mentales). Por el contrario, lo que sí nos es dado constatar es la existencia de individuos en los que dicho sentido se ha desarrollado con mayor o menor plenitud. Así, pues, intentaré explicar estas variaciones. Sin duda alguna hay niños y adultos cuyo sentimiento de culpabilidad es deficiente, sin que ello esté específicamente relacionado con ninguna incapacidad o capacidad intelectual.

Mi tarea resultará más fácil dividiendo el examen del problema en tres partes principales:

1. El sentimiento de culpabilidad en aquellos individuos en los que se ha desarrollado la capacidad de experimentar dicho sentimiento.
2. El sentimiento de culpabilidad en el punto de partida del desarrollo emocional del individuo.
3. El sentimiento de culpabilidad como rasgo que, en algunos individuos, se hace conspicuo por su ausencia.

Finalmente haré referencia a la pérdida y recuperación de la capacidad de experimentar el sentimiento de culpabilidad.

1. Casos en los que cabe dar por existente la capacidad de experimentar culpabilidad

¿Cómo aparece el concepto de culpabilidad en la teoría psicoanalítica? Creo que no me equivoco al decir que los primeros trabajos que Freud dedicó a este tema se referían a las vicisitudes del sentimiento de culpabilidad en aquellos individuos en los que cabía dar por sentada la existencia de una

capacidad para sentir culpa. Así, pues, hablaré del concepto que tenía Freud en relación con el significado de la culpabilidad para el inconsciente normal o «sano», y hablaré también de lo que dijo sobre la psicopatología del sentimiento de culpabilidad.

Freud nos demuestra en qué medida es cierto que la culpabilidad reside en la intención, en una intención inconsciente. Así, el sentimiento de culpabilidad no es el resultado del crimen, sino todo lo contrario: el crimen es el resultado de la culpabilidad, de una culpabilidad que es propia de la intención criminal. Sólo desde el punto de vista legal podemos hablar de culpabilidad refiriéndonos a un crimen; cuando se trata de una culpabilidad moral nos referimos a una realidad interna. Freud fue capaz de dar sentido a esta paradoja. Al formular sus primeras teorías, Freud hablaba del id (o *ello*), refiriéndose a las pulsiones o impulsos instintivos, y del ego (o *yo*), refiriéndose a aquella parte del ser que guarda relación con el medio ambiente. El ego se encarga de modificar el medio ambiente o entorno con el fin de dar satisfacción al id, al mismo tiempo que reprime los impulsos del id con el fin de sacar el máximo provecho de lo que ofrece el entorno, igualmente para satisfacción del id. Más adelante, en 1923, Freud acuñó el término superego (o *superyó*) con el objeto de denominar aquellos elementos de los que el ego se vale para controlar al id.

Vemos, pues, que Freud aborda la naturaleza humana en términos *económicos*, simplificando deliberadamente el problema con el propósito de dar fundamento a una formulación teórica. Todos sus trabajos en este sentido se basan en un determinismo implícito, en el supuesto de que la naturaleza humana puede examinarse objetivamente y que se halla sujeta a las mismas leyes que la física. Planteado en términos de ego-id, el sentimiento de culpabilidad es muy poco más que una *angustia con una cualidad especial*, una angustia producida por el conflicto entre el amor y el odio. El sentimiento de culpabilidad entraña la tolerancia de la ambivalencia. No resulta difícil admitir como cierta la estrecha relación existente entre la culpabilidad y el conflicto personal producido por la coincidencia de unos sentimientos de odio y amor, pero Freud supo investigar este conflicto hasta sus mismas raíces, demostrando que los dos sentimientos están relacionados con la vida instintiva. Como es bien sabido, al analizar pacientes adultos (de tipo más bien neurótico que psicótico) Freud se encontraba con frecuencia con que sus exploraciones se remontaban hasta la primera infancia del pa-

ciente, marcada por una angustia intolerable y por el conflicto amor-odio. Simplificando al máximo los términos del complejo de Edipo, diremos que en tales casos un niño *mentalmente sano* establecía con su madre una relación en la que el instinto se hallaba implicado y en la que los sueños presentaban una relación amorosa con respecto a la madre. Ello llevaba al sueño de la muerte del padre, lo que a su vez producía el temor al padre y a que éste destruyese el potencial instintivo del hijo. Se trata del llamado «complejo de castración». Simultáneamente, existían los sentimientos de amor y respeto que el niño sentía hacia su padre. Se producía entonces un conflicto entre las dos facetas de la naturaleza del niño: la que lo impulsaba a odiar a su padre y desear dañarlo y, por el contrario, la que lo hacía amarlo, conflicto que se traducía en un sentimiento de culpabilidad. La misma existencia de tal sentimiento entrañaba que el niño era capaz de tolerar dicho conflicto que, de hecho, es inherente a toda vida sana.

Todo esto resulta fácil de comprender; sin embargo, sucede que sólo gracias a Freud se ha reconocido que, en circunstancias normales, la angustia y la culpabilidad tienen su punto culminante en un período determinado; es decir, se producen dentro de un marco de vital importancia: el niño pequeño, con sus instintos biológicamente determinados, que vive en familia y experimenta su primera relación triangular. He de hacer notar que he simplificado a propósito el planteamiento de lo que acabo de decir, y que no pienso tratar ahora del complejo de Edipo en su manifestación a través de las relaciones entre parientes cercanos, ni tampoco hablaré de su sustitución en el caso de los niños criados lejos de sus padres o en una institución.

En las primeras manifestaciones psicoanalíticas son escasas las referencias al elemento destructivo presente en el impulso amoroso, y lo mismo sucede con respecto a la agresividad, que sólo dentro de la normalidad queda plenamente integrada en lo erótico. A la larga fue necesario incorporar todo esto a la teoría del origen de la culpabilidad; de ello hablaré más adelante. En la primera etapa, la culpabilidad nace del choque entre el amor y el odio, choque que se hace inevitable si en la acción de amar se incluye el elemento instintivo que le es propio. El prototipo cobra realidad en la edad en que se dan los primeros pasos.

En el ejercicio de su profesión, todo psicoanalista se familiariza con la sustitución de los síntomas por el desarrollo normal de los mismos: la aparición del sentimiento de culpa-

bilidad y una mayor conciencia y aceptación del contenido de la fantasía que hacen lógico el sentimiento en cuestión. ¡Cuán ilógico parece a veces el sentimiento de culpabilidad! En *Anatomy of Melancholy*, de Burton, hay una buena colección de casos clínicos que ilustran los aspectos absurdos del sentimiento de culpabilidad. En un análisis prolongado y profundo del paciente, éste se siente culpable de cualquier cosa, incluso de algunos factores adversos presentes en su primer medio ambiente que, en rigor, son fácilmente discernibles como fenómenos fortuitos. He aquí un ejemplo sencillo:

Un niño de ocho años presentaba crecientes síntomas de angustia hasta que acabó por escaparse de la escuela. Se comprobó que padecía de un insoportable sentimiento de culpabilidad debido a la muerte de un hermano, hecho acaecido con *anterioridad al nacimiento del niño en cuestión*. Hacía poco que había oído hablar de ello, sin que los padres sospechasen que la noticia lo había trastornado. En este caso no hizo falta someter al muchacho a un prolongado análisis. Bastaron unas cuantas sesiones terapéuticas para que el niño se diese cuenta de que la terrible angustia que le producía aquella muerte no era más que un desplazamiento del complejo de Edipo. Se trataba de un niño normal y, con un poco de ayuda, pronto pudo volver a la escuela y superar los demás síntomas.

El superego

La introducción de esta nueva instancia de la personalidad, en 1923, constituyó un gran avance en la evolución, inevitablemente lenta, de la metapsicología psicoanalítica. El propio Freud fue el precursor en este campo y quien tuvo que soportar las críticas de un mundo que se sentía turbado ante la importancia que él concedía a la vida instintiva de los niños. Poco a poco, mediante la aplicación de las técnicas freudianas, otros investigadores fueron adquiriendo experiencia y, al introducir el término superego, Freud contaba ya con numerosos colegas. El propósito de Freud al presentar el nuevo término era indicar que el ego, al contender con el id, se valía de ciertas fuerzas a las que era conveniente dar un nombre propio. Paulatinamente, el niño iba adquiriendo nuevas fuerzas que incrementaban su capacidad controladora. Recurriendo otra vez a la simplificación del complejo de Edipo, diré que el niño realizaba una introyección de su respetado y temido padre y, por consiguiente, llevaba consigo unas fuerzas controladoras que se basaban en lo que él,

el niño, percibía y aprehendía del padre. Esta figura paterna introyectada resultaba sumamente subjetiva y se veía matizada por otras figuras paternas —ajenas al padre propiamente dicho— percibidas por el niño y por las pautas culturales de la familia. (La palabra introyección significa simplemente «aceptación mental y emocional»; carece, pues, de las implicaciones, más funcionales, que lleva consigo la palabra incorporación.) La existencia de un sentimiento de culpabilidad significa, por tanto, que el ego, por así decirlo, está llegando a un acuerdo con el superego: la angustia ha madurado hasta convertirse en culpabilidad.

El concepto de superego nos permite ver con claridad la proposición de que la génesis de la culpabilidad es cuestión de una realidad interior; es decir, que la culpabilidad reside en la intención. También aquí se halla la explicación más profunda del sentimiento de culpabilidad que produce la masturbación y las actividades autoeróticas en general. La masturbación no es ningún crimen de por sí, pero en el conjunto de la fantasía masturbatoria se reúne la totalidad de la intención consciente e inconsciente.

Partiendo de esta versión muy simplificada de la psicología del niño, el psicoanálisis pudo empezar el estudio del desarrollo del superego tanto en los niños como en las niñas, así como de las diferencias que indudablemente existen entre unos y otras en lo que se refiere a la formación del superego, las pautas de conciencia, y el desarrollo de la capacidad de sentir culpabilidad. El concepto del superego ha evolucionado considerablemente. La idea de la introyección de la figura paterna ha resultado excesivamente simplista. Existe una primera fase del superego en todo individuo: el objeto de introyección puede ser humano y parecerse al padre, pero, en fases anteriores, los objetos introyectados, que sirven para controlar los impulsos y productos del id, son infrahumanos y sumamente primitivos. Así, nos encontramos estudiando el sentimiento de culpabilidad de todo individuo, en la infancia y en la niñez, tal como evoluciona desde un temor tosco, poco matizado, hasta devenir en algo parecido a una relación con un ser humano objeto de reverencia, un ser capaz de comprender y perdonar. (Se ha dicho que existe cierto paralelismo entre la maduración del superego en el niño y la aparición del monoteísmo, según se describe en la historia del pueblo judío primitivo.)

En todo momento, mientras conceptualizamos los procesos que sirven de fundamento al sentimiento de culpabilidad, tenemos muy presente que este sentimiento, incluso cuando

es inconsciente y a primera vista irracional, denota cierto grado de desarrollo emocional, de salud del ego y de esperanza.

La psicopatología del sentimiento de culpabilidad

Es frecuente encontrar personas que se hallan agobiadas, incluso reducidas a la impotencia, por un fuerte sentimiento de culpabilidad, que llevan sobre sus espaldas del mismo modo que Christian lleva su carga en *Pilgrim's Progress*.² Sabemos que se trata de personas que potencialmente son aptas para realizar un esfuerzo constructivo. A veces, cuando encuentran una oportunidad adecuada para llevar a cabo un trabajo constructivo, el sentimiento de culpabilidad deja de atosigarlas y realizan dicho trabajo excepcionalmente bien; sin embargo, la desaparición de la oportunidad puede provocar la reaparición del sentimiento de culpabilidad, que es intolerable e inexplicable. Nos encontramos ante un caso de anomalías del superego. Al analizar con éxito a individuos que se hallan oprimidos por un sentimiento de culpabilidad, vemos que éste va disminuyendo de modo gradual, paralelamente a la disminución de la represión o al reconocimiento, por parte del paciente, del complejo de Edipo, con la consiguiente aceptación de la responsabilidad de todo el odio y amor que el mismo entraña. Ello no quiere decir que los pacientes pierdan su capacidad de experimentar un sentimiento de culpabilidad (salvo en aquellos casos en que se haya producido un falso desarrollo del superego basado, de forma anormal, en la intrusión de una fortísima influencia autoritaria proveniente del medio ambiente de los primeros años).

Podemos estudiar semejantes excesos del sentimiento de culpabilidad en individuos que pasan por normales y que, de hecho, a veces se encuentran entre los miembros más valiosos de la sociedad. Sin embargo, resulta más fácil examinar el problema atendiendo a lo que tiene de enfermedad. Las dos enfermedades que debemos estudiar a este respecto son la melancolía y la neurosis obsesiva. Hay una interrelación entre estas dos enfermedades, existiendo pacientes que pasan de la una a la otra.

2. *Pilgrim's Progress*: Obra de John Bunyan (1628-1688) en la que se describe en términos alegóricos el camino del alma hacia su salvación. (N. del T.)

En la neurosis obsesiva, el paciente se encuentra siempre tratando de arreglar algo, si bien para el observador, y tal vez para el mismo paciente, es evidente que no va a lograrlo. Sabemos que lady Macbeth no puede deshacer el pasado y alejarse de sus malas intenciones por el simple expediente de lavarse las manos. En la neurosis obsesiva se llega a veces a un ritual que se parece a la caricatura de una religión, como si el Dios de ésta estuviera muerto o temporalmente ausente. El pensamiento obsesivo se caracteriza a veces por el empeño en anular una idea por medio de otra, sin llegar a conseguirlo. Detrás de todo el proceso hay confusión y de nada sirven los esfuerzos que el paciente haga para poner orden, pues se trata de una confusión mantenida inconscientemente con el fin de ocultar algo muy sencillo: que en alguna esfera específica y desconocida por el paciente el odio es más fuerte que el amor.

Citaré el caso de una niña que no podía ir a la playa porque entre las olas veía a alguien que gritaba pidiendo auxilio. Un intolerable sentimiento de culpabilidad la obligaba a hacer cuanto pudiese, por absurdo que fuera, para que se tomaran las necesarias medidas de vigilancia y salvamento. Lo absurdo del síntoma pudo demostrarse al ver que la niña no podía tolerar la visión de la playa ni siquiera en una postal. Si por casualidad veía una en algún escaparate, tenía que enterarse de quién había tomado la foto, porque en ella había alguien que se estaba ahogando; se veía en la obligación de organizar la operación de salvamento, pese a que sabía perfectamente que la foto había sido tomada meses, incluso años, antes. A la larga, esta niña, cuyo caso era muy grave, pudo llevar una vida razonablemente normal, mucho menos obstaculizada por sentimientos irracionales de culpabilidad; pero el tratamiento fue necesariamente prolongado.

La melancolía es una forma organizada de los accesos de humor depresivo a que se encuentran sujetas casi todas las personas. En algunos casos, el paciente aquejado de melancolía se ve paralizado por un sentimiento de culpabilidad, quizás acusándose a sí mismo, año tras año, de haber sido el causante de la Guerra Mundial. Ningún argumento surte efecto en él. Cuando es posible llevar a cabo el análisis de un caso semejante, se comprueba que, durante el tratamiento, esta culpabilidad colectiva asumida por una sola persona da paso al miedo que el paciente siente ante la posibilidad de que en él el odio sea más fuerte que el amor. Su enfermedad es un intento de hacer lo imposible. Absurdamente, el paciente reclama para sí la responsabilidad del desastre ge-

neral, pero, al hacerlo, evita llegar a su propia destructividad.

La muerte de su padre, acaecida en circunstancias poco corrientes, produjo en una niña de cinco años una profunda reacción depresiva. El padre había adquirido un automóvil en un momento en que la niña pasaba por una fase en la que el odio hacia su padre corría parejo con el amor que sentía hacia él. De hecho, la pequeña soñaba con la muerte del padre, y cuando éste propuso que diesen un paseo en coche, ella imploró para que su padre desistiera. Él insistió, lo cual era natural, ya que los niños son propensos a este tipo de pesadillas. La familia salió a dar el paseo y dio la casualidad de que se produjo un accidente: el coche dio una vuelta de campana y entre sus ocupantes la niña fue la única que salió ilesa. Se acercó al padre, que yacía en la carretera, y lo golpeó con el pie para despertarlo. Pero él había muerto. Tuve ocasión de observar a esta niña durante su grave enfermedad depresiva, en la que se hallaba sumida en un estado de apatía casi total. La pequeña pasaba horas y horas en mi consultorio sin que sucediera nada. Cierta día se acercó a la pared y la golpeó suavemente con el pie, con el mismo pie que utilizara para despertar a su padre. Entonces pude expresar con palabras el deseo de la niña de despertar a su padre, a quien amaba, aunque, al golpearlo con el pie, había expresado también cierto sentimiento de enojo. A partir del momento en que golpeó la pared con el pie, la niña fue volviendo paulatinamente a la vida y, al cabo de más o menos un año, pudo regresar a la escuela y llevar una vida normal.

Vemos, pues, que al margen del psicoanálisis, es posible comprender por pura intuición la causa de una inexplicable culpabilidad y de las enfermedades melancólicas y obsesivas. No obstante, probablemente sea acertado decir que sólo el instrumento aportado por Freud —el psicoanálisis y sus derivados— nos permite ayudar al individuo aquejado por un sentimiento de culpabilidad a encontrar, en su misma naturaleza, el verdadero origen de su aflicción. Visto de este modo, el sentimiento de culpabilidad es una forma especial de angustia asociada con la ambivalencia o, si se prefiere, la coexistencia del amor y el odio. Sin embargo, la ambivalencia y su tolerancia por parte del individuo entrañan un grado considerable de desarrollo y salud mental.

2. La culpabilidad en su punto de partida

Vamos a estudiar seguidamente el punto de donde parte esta capacidad para el sentimiento de culpabilidad, señalan-

do ante todo que este punto existe en todos los individuos. Melanie Klein (1935) llamó la atención de los psicoanalistas hacia una importante fase del desarrollo emocional que ella denominó «posición depresiva». Su trabajo sobre el origen de la capacidad para el sentimiento de culpabilidad en el individuo humano constituye un resultado importante de la aplicación continuada del método freudiano. Resulta imposible, en una conferencia como la presente, hacer justicia a las complejidades del concepto «posición depresiva», pero trataré de hacer una somera exposición del mismo.

Conviene tener en cuenta que, mientras los primeros trabajos psicoanalíticos hacían hincapié en el conflicto entre el amor y el odio, especialmente en una situación tricorporal o triangular, Melanie Klein ha dedicado mayor atención a desarrollar la idea de semejante conflicto dentro de una sencilla relación bicorporal, la del niño con su madre, conflicto que tiene su origen en las ideas destructivas que acompañan al impulso amoroso. Como es natural, se trata de una fase pre-*edípica*; es decir, anterior a la instauración del complejo de Edipo.

Es de observar el desplazamiento del énfasis: anteriormente recaía en la satisfacción obtenida por el niño de sus experiencias instintivas; ahora, en cambio, recae en la finalidad, a medida que ésta va apareciendo poco a poco. Al afirmar que la intención del niño estriba en irrumpir despiadadamente en el interior de su madre, para arrebatarse cuanto de bueno hay allí, la señora Klein, por supuesto, no pretende negar el hecho de que las experiencias instintivas produzcan satisfacción. Téngase en cuenta, además, que tampoco las primeras formulaciones psicoanalíticas descartaban por completo la finalidad. Sin embargo, lo que ha hecho Melanie Klein ha sido desarrollar la idea de que el primitivo impulso amoroso tiene una finalidad agresiva: al ser despiadado, lleva consigo un número variable de ideas destructivas que no se ven afectadas por ningún tipo de inquietud. Puede que al principio estas ideas sean muy restringidas, pero, antes de que el niño cuente muchos meses de edad, probablemente podremos percibir con cierta claridad que en él se registra una incipiente inquietud relacionada con los resultados de los momentos instintivos pertenecientes a su creciente amor a la madre. Si el comportamiento de la madre es sumamente adaptable (a veces sin necesidad de esfuerzo alguno por su parte), podrá dar al niño tiempo suficiente para comprender y aceptar el hecho de que el objeto de su despiadado ataque es ella, la madre, la misma persona que es responsable único y total

del cuidado del niño. Como puede verse, el niño tiene dos inquietudes: una con respecto al efecto del ataque contra la madre; la otra en relación con los resultados que se produzcan en la propia personalidad del niño según haya predominado la satisfacción o, por el contrario, la frustración y la ira. (He utilizado la expresión «primitivo impulso amoroso» si bien en los escritos de Melanie Klein de lo que se habla es de la agresión asociada con las frustraciones que, inevitablemente, vienen a perturbar las satisfacciones instintivas del niño a medida que éste se va viendo afectado por las exigencias de la realidad.)

Es mucho lo que aquí se da por sentado. Suponemos, por ejemplo, que el niño se está convirtiendo en una unidad, que está adquiriendo la capacidad de percibir a su madre en cuanto persona. Asimismo, damos por sentada su aptitud para reunir los componentes instintivos agresivos y eróticos en una experiencia sádica, así como su aptitud para encontrar un objeto en plena excitación instintiva. Todos estos procesos son susceptibles de malograrse en las primeras fases, las correspondientes al principio de la vida, inmediatamente después del nacimiento, y que dependen de la madre y de su forma natural de gobernar al hijo. Al hablar de los orígenes del sentimiento de culpabilidad, damos por sentado el desarrollo sin complicaciones de las primeras fases. En lo que se denomina «posición depresiva», el niño depende menos de la sencilla aptitud de la madre para «llevar» un bebé —aptitud que la caracterizaba durante las primeras fases— que de su capacidad para llevar el cuidado del pequeño a lo largo de un período de tiempo en el que el niño puede atravesar una serie de experiencias complejas. Si se le da tiempo, tal vez unas cuantas horas, el niño es capaz de interpretar los resultados de una experiencia instintiva. La madre, toda vez que sigue presente, tendrá oportunidad de recibir y comprender el posible impulso natural de dar o reparar que experimente el niño. Especialmente en esta fase, el niño no es capaz de soportar una serie de cambios en las personas que cuidan de él, ni una prolongada ausencia de la madre. La segunda aportación hecha por Klein en este campo consiste en la necesidad que siente el niño de hallar una oportunidad para efectuar la reparación o restitución que permitan que su sadismo oral sea aceptado por su inmaduro ego.

Bowlby (1958) ha mostrado un especial interés en que el público sea consciente de que todo niño pequeño necesita cierto grado de seguridad y continuidad en las relaciones externas. En el siglo XVII, Robert Burton citó las siguientes

causas de la melancolía: «Las causas innecesarias, externas, adventicias o accidentales: las que proceden de la nodriza.» En parte se refería a la transmisión de materias nocivas a través de la leche, pero no era eso todo. Por ejemplo, cita a Aristóteles en el sentido de que «... En ningún caso recurriría a una nodriza, sino que toda madre, sea cual fuere su condición, debería criar a sus propios hijos: [...] la madre será más cuidadosa, cariñosa y solícita que cualquier mujer servil o a sueldo; esto todo el mundo lo reconoce...»

El origen de la inquietud se ve mejor analizando a un niño o adulto que mediante la observación directa de los niños. Huelga decir que, al formular estas teorías, es preciso dejar espacio para las tergiversaciones y demás falseamientos que se producen en todo proceso analítico. Con todo, nuestro trabajo nos permite hacernos una visión de este importantísimo aspecto del individuo humano: el origen de la capacidad para el sentimiento de culpabilidad. Gradualmente, a medida que el niño se va dando cuenta de que la madre sobrevive a sus ataques y acepta sus gestos reparatorios, él mismo se va capacitando para aceptar la responsabilidad de la fantasía total derivada del impulso instintivo, que antes era simplemente despiadado. La crueldad da paso a la compasión; la indiferencia, a la inquietud. (Estos términos se refieren al desarrollo inicial.)

En el análisis cabría decir que el «no me importa lo más mínimo» es sustituido por un sentimiento de culpabilidad. A este punto se llega mediante un proceso evolutivo. No hay nada más fascinador para el analista que observar la evolución gradual de la capacidad individual para tolerar los elementos agresivos del primitivo impulso amoroso. Como ya he dicho, esto entraña el reconocimiento paulatino de la diferencia entre la realidad y la fantasía, así como de la capacidad materna para sobrevivir al momento instintivo y, por tanto, estar presente para recibir y comprender el sincero gesto de reparación.

Como se comprenderá fácilmente, esta importante fase del desarrollo se compone de innumerables repeticiones, distribuidas a lo largo de un período de tiempo. Existe un ciclo beneficioso compuesto por a) la experiencia instintiva, b) la aceptación de la responsabilidad que llamamos culpabilidad, c) una interpretación, y d) un sincero gesto de restitución. A veces, si en algún punto algo sale mal, este ciclo puede convertirse en vicioso, en cuyo caso vemos que la capacidad para el sentimiento de culpabilidad desaparece y es reemplazada por una inhibición del instinto o por cualquier otro me-

canismo primitivo de defensa, como por ejemplo la división de los objetos en buenos y malos, etc. Sin duda, alguien se preguntará lo siguiente: dentro del desarrollo del niño normal, ¿a qué edad podemos decir con certeza que su capacidad para el sentimiento de culpabilidad ya ha quedado establecida? Mi respuesta es que nos estamos refiriendo al primer año de la vida del niño y, de hecho, a todo el período durante el cual el niño sostiene una clara relación humana y bicorporal con la madre. No hay ninguna necesidad de afirmar que estas cosas suceden a edad muy temprana, aunque probablemente así sea. A los seis meses de edad, no es difícil constatar que el pequeño tiene una psicología sumamente compleja, siendo posible que los comienzos de la posición depresiva se den a esa edad. Son inmensas las dificultades que presenta la fijación de una fecha concreta para el origen de los sentimientos de culpabilidad en el niño normal y, si bien el tema reviste suficiente interés para que merezca investigarse, lo cierto es que no afecta en ningún modo la labor analítica.

Los trabajos posteriores de Melanie Klein contienen gran cantidad de material pertinente al tema que estamos tratando y que, por desgracia, no podré citar aquí. Klein ha enriquecido, sobre todo, nuestra comprensión de la compleja relación que existe entre la fantasía y el concepto freudiano de la realidad interior, concepto claramente procedente de la filosofía. Klein ha estudiado las influencias mutuas entre lo que el niño percibe como beneficioso o perjudicial de las fuerzas u objetos contenidos en su personalidad. Esta tercera aportación de Klein a este campo trasciende al problema de la eterna lucha que se desarrolla en la naturaleza interna del hombre. A través del estudio del desarrollo de la realidad interna en el bebé y en el niño, nos es dado vislumbrar por qué hay una relación entre los conflictos más profundos, los que se manifiestan en la religión y las artes, y los estados depresivos o enfermedades melancólicas. En el centro se halla la duda, la duda sobre el resultado final de la lucha entre las fuerzas del bien y del mal o, recurriendo a términos psiquiátricos, entre los elementos benignos y persecutorios dentro y fuera de la personalidad. En la posición depresiva, dentro del desarrollo emocional del niño o de un paciente, observamos la evolución del bien o del mal según las experiencias instintivas hayan sido satisfactorias o frustratorias. El bien se hace inmune al mal, estableciéndose una pauta personal, sumamente compleja, a modo de sistema defensivo contra el caos de dentro y de fuera.

De acuerdo con mi punto de vista personal, la obra de Klein ha hecho posible que la teoría psicoanalítica empiece a dar cabida a la idea del *valor* del individuo, mientras que en los comienzos del psicoanálisis se hablaba simplemente de *salud* y de *mala salud* neurótica. El valor se halla estrechamente ligado con la capacidad para el sentimiento de culpabilidad.

3. El sentimiento de culpabilidad cuando se hace conspicuo por su ausencia

Llegamos ahora a la tercera parte de mi conferencia y en ella ante todo me referiré brevemente a la carencia del sentido de la moral. Sin duda, hay personas que carecen de capacidad para el sentimiento de culpabilidad. Los extremos de semejante incapacidad deben de ser poco frecuentes. Pero no es raro encontrar individuos cuyo normal desarrollo es solamente parcial y que en parte son incapaces de sentir inquietud o culpabilidad, ni siquiera remordimiento. Resulta tentador buscar aquí la explicación en el factor temperamental, factor que, por supuesto, jamás debe ignorarse. No obstante, el psicoanálisis nos ofrece otra explicación: las personas que carecen del sentido de la moral son las mismas que, en las primeras fases de su desarrollo, carecieron del marco emocional y material que hubiese permitido la formación de la capacidad para el sentimiento de culpabilidad.

Que quede bien entendido que no trato de negar el hecho de que cada niño lleva en sí mismo la tendencia hacia el desarrollo de la culpabilidad. Dadas ciertas condiciones físicas de cuidado y salud, el niño llegará a caminar y a hablar simplemente porque ha llegado el momento de su desarrollo en que dichas funciones se materializan. Sin embargo, cuando se trata del sentimiento de culpabilidad, las necesarias condiciones ambientales son mucho más complejas; a decir verdad, en ellas se incluye todo aquello que es natural y seguro en el cuidado de bebés y niños. Durante las primeras fases del desarrollo emocional del individuo, no debemos buscar un sentimiento de culpabilidad. El ego no es lo suficientemente fuerte, ni está lo bastante organizado, como para aceptar la responsabilidad de los impulsos del id. Así, pues, la dependencia es casi absoluta. Si existe un desarrollo satisfactorio en las primeras fases, entonces se producirá una integración del ego que posibilitará el comienzo de la capacidad para la inquietud. Poco a poco, si las circunstancias son

favorables, la capacidad para el sentimiento de culpabilidad irá creciendo en el individuo en relación con la madre; esto está íntimamente relacionado con la oportunidad de reparación. Una vez establecida la capacidad para la inquietud, el individuo empieza a estar capacitado para experimentar el complejo de Edipo, así como para tolerar la ambivalencia inherente a la última fase, cuando el niño, si ha madurado, participa en relaciones triangulares igual que las personas mayores.

En este contexto lo único que puedo hacer es reconocer que en ciertas personas, o en parte de ellas, se produce un estancamiento del desarrollo emocional durante sus primeras fases, con la consiguiente ausencia del sentido de la moral. Allí donde no hay un sentido moral de índole personal, será necesario recurrir a un sentido moral inculcado, si bien la socialización resultante adolecerá de inestabilidad.

El artista creador

Resulta interesante observar que el artista creador es capaz de alcanzar un tipo de socialización que soslaya la necesidad del sentimiento de culpabilidad y la consiguiente actividad reparadora y retributiva que forma la base del trabajo constructivo corriente. De hecho, es posible que el artista y el pensador creador no lleguen a comprender, incluso que desprecien, los sentimientos de inquietud que constituyen la motivación de una persona menos creadora. De los artistas cabe decir que algunos no son capaces de experimentar culpabilidad y, pese a ello, logran la socialización gracias a su talento excepcional. A las personas corrientes, dominadas por la culpabilidad, esto les parece desconcertante; y, sin embargo, sienten un oculto respeto hacia esa falta de piedad que de hecho, en tales circunstancias, consigue más que el trabajo impulsado por la culpabilidad.

Pérdida y recuperación del sentimiento de culpabilidad

En el tratamiento de niños y adultos con tendencias antisociales, tenemos ocasión de presenciar la pérdida y la recuperación de la capacidad para el sentimiento de culpabilidad, y a menudo podemos valorar las variaciones de la seguridad ambiental que producen tales efectos. Es aquí, al tratar de la pérdida y la recuperación del sentido de la moral, donde

nos es posible estudiar la delincuencia y los casos de reincidencia en el delito. En 1915, refiriéndose a los actos adolescentes y preadolescentes (tales como robos, estafas, incendios provocados) de personas que con el tiempo se integraron en la sociedad, Freud escribió lo siguiente: «Los trabajos analíticos nos condujeron al sorprendente descubrimiento de que semejantes actos se cometían principalmente *porque* [el subrayado es mío] estaban prohibidos, y porque su ejecución iba acompañada de una sensación de alivio mental en la persona que los cometía. El autor del hecho sufría un opresivo sentimiento de culpabilidad, cuyo origen le era desconocido, y después de cometer la mala acción, notaba que su opresión quedaba paliada. Al menos, su sentimiento de culpabilidad quedaba enlazado con algo concreto.» (Freud, 1915, p. 332.) Si bien Freud se refería a fases avanzadas del desarrollo, lo que escribió es igualmente aplicable a los niños.

Basándonos en nuestra labor analítica, podemos dividir el comportamiento antisocial en dos grandes grupos. El primero no ofrece nada de particular y está estrechamente relacionado con las travesuras propias de todo niño normal y que, centrándonos en el comportamiento, se manifiestan mediante acciones como robar, mentir, destruir y orinarse en la cama. Una y otra vez comprobamos que semejantes actos se cometen a modo de intento inconsciente de dar sentido al sentimiento de culpabilidad. El niño o el adulto no alcanza a ver la fuente de ese sentimiento de culpabilidad que le resulta intolerable, y el hecho de no poder explicarse dicho sentimiento lo induce a la rabia. La persona antisocial encuentra alivio en la invención de un crimen, de índole leve, que sólo de forma oculta guarda relación con el crimen que aparece en la fantasía reprimida que corresponde al complejo de Edipo originario. Esto es todo lo cerca de la ambivalencia correspondiente al complejo de Edipo que podrá llegar la persona antisocial. Al principio, el crimen o hecho delictivo de índole sustitutiva no satisface al delincuente, pero, si se repite compulsivamente, llegará a adquirir las características de un beneficio secundario, lo cual lo hará aceptable para el ser. Nuestro tratamiento tiene mayores probabilidades de éxito cuando es posible aplicarlo antes de que el beneficio secundario revista mucha importancia. En este tipo de comportamiento, el más corriente entre los antisociales, la represión actúa más sobre la fantasía que sirve de explicación a la culpabilidad que sobre ésta misma.

Por el contrario, en los casos de comportamiento antisocial encuadrados dentro del segundo grupo, más graves y me-

nos frecuentes, lo que se pierde es precisamente la capacidad para el sentimiento de culpabilidad. Es aquí donde nos encontramos con los crímenes más horribles, donde vemos cómo el criminal trata desesperadamente de sentirse culpable, con pocas probabilidades de que lo logre. Con el fin de que se desarrolle su capacidad para el sentimiento de culpabilidad, esta clase de persona debe hallar un medio ambiente de índole particularizada; de hecho, somos nosotros quienes debemos facilitarle un medio ambiente que corresponda al que normalmente se necesita para el niño inmaduro. Por desgracia, es difícil encontrar semejante ambiente, capaz de absorber todas las tensiones producidas por la crueldad y el carácter impulsivo del paciente. Nos enfrentamos con un niño, pero un niño dotado de la fuerza y la astucia de un niño mayor que él, incluso de un adulto.

En el tratamiento del tipo más frecuente de comportamiento antisocial a menudo logramos la curación realizando un reajuste del medio ambiente, ateniéndonos a la comprensión que Freud nos ha proporcionado.

Citaré el ejemplo de un muchacho que robaba en la escuela. En lugar de castigarlo, el director comprendió que se trataba de una enfermedad y recomendó que se consultase a un psiquiatra. El muchacho en cuestión, cuya edad era de nueve años, se hallaba luchando con una privación propia de una edad más temprana y lo que necesitaba era pasar una temporada en casa. Su familia había vuelto a unirse, lo cual le daba nuevas esperanzas. Comprobé que el muchacho se había hallado bajo los efectos de una compulsión al robo, y que oía una voz, la voz de un brujo, que le ordenaba hacerlo. Una vez en casa, el muchacho empezó a dar muestras de enfermedad, infantilismo, dependencia, incontinencia y apatía. Sus padres dejaron que las cosas siguieran su curso normal y, pasado un tiempo, se vieron recompensados por el restablecimiento espontáneo del muchacho.

Hubiese sido fácil apartar al muchacho del sendero que condujo a su curación. Por supuesto, él ignoraba la intolerable carga de soledad y vaciedad que había detrás de su enfermedad y que le hacía adoptar al brujo en sustitución de una más natural organización del superego. Esta soledad se remontaba a un período de separación de la familia cuando él tenía cinco años. Si el director de la escuela le hubiese infligido un castigo corporal, o le hubiese recriminado su conducta, el muchacho se hubiese reafirmado en ella, organizando para sí una identificación más plena con el brujo; entonces se hubiese hecho dominante y desafiante y, a la larga, se hubiese convertido en una persona antisocial. Se trata de un caso frecuente en la psiquiatría infantil, y lo he escogido simplemente porque ha sido publicado y el lector podrá consultarlo para conocer más detalles (Winnicott, 1953).